

La importancia de escribir con sosiego

La importancia de morir a tiempo

MARIO MENDOZA

Planeta, Bogotá, 2012, 277 págs.

MARIO MENDOZA (Bogotá, 1964) es autor de, por lo menos, diez libros, todos de narrativa: cuento, novela, testimonio, y ahora, de este: *La importancia de morir a tiempo* (2012), especie de crónicas, relatos o pequeñas historias no inventadas sino reales, basadas en personajes y hechos famosos (históricos algunos) a veces, y a veces de su entorno personal o familiar. Se llama de esta manera seguramente porque hay una idea de la muerte que va por buena parte de las historias, de los relatos que, como digo, a veces tienen que ver con asuntos y personajes de trascendencia, de aquellos que están ya en la imaginación y el recuerdo de todos: Antonin Artaud, Agatha Christie, Juan Roa, Pablo Escobar, Werner Herzog, Antanas Mockus, Ray Bradbury, Toni Negri, etc. Pero también están su padre, algunos amigos, algunos viajes, estadias en países extranjeros o en la propia Bogotá, su hermano, escritores y artistas cercanos. No todos los relatos, sin embargo, tienen el tema de la muerte. Son prosas cortas, de una, dos o tres páginas cada una, agrupadas a su vez en no muy largos capítulos con textos que tienen en común un tema determinado.

Tal vez todo escritor quiere escribir un libro así (cada cual lo hará con su propio estilo, claro, bajo su prisma en particular), donde pone parte de sus experiencias de vida, de viajero, cosas que considera importantes para los lectores, porque es verdad que a los escritores (sobre todo a los novelistas) les pasan cosas más o menos extraordinarias; al fin y al cabo, ellos andan casi siempre en busca de que les pasen cosas así (para escribir). Los capítulos son: “Desplazamiento de lo real”, “Los laberintos de la soledad”, “La importancia de morir”, “Dimensiones desconocidas”, “Los confusos rostros de Dios”, “El cuerpo tras las rejas”, “La máquina corporal”, “El placer de la aventura”, “Los espejos del amor”, “Alguien nos mira desde las estrellas”.

En no pocas de estas páginas, el autor se esmera, mediante alguna historia en particular o en alguna prosa hecha para tal fin o en una ficción con moraleja, en dejarnos claro que él tiene posiciones férreas sobre la literatura, que no es un escritor que, simplemente, se solaza escribiendo historias para entretener, sino que la lucha y el compromiso y el esfuerzo denodado son lo suyo. En “Monstruos”, Mendoza usa la página para hacer una confesión:

La muerte es el motor de mi obra, el resorte, lo que realmente la impulsa. (...) Mis libros no son más que una búsqueda constante por aprehender el tiempo, por dejar constancia para las futuras generaciones de la alucinada época en la que nos tocó vivir (...). Pero me angustia saberme tan intrascendente, tan poca cosa, tan sin sentido. Y solo cuando escribo, esa desesperación se desvanece, al menos momentáneamente. (...) Soy un artista que procrea engendros, monstruos, y que espera que esos seres deformes e inmundos (seres del inframundo) lo emparenten con el resto de la humanidad. [pág. 75].

Es un tanto patético, creo, un escritor que se confiesa bajo tales características, aunque el autor pueda defenderse diciendo que eso es, precisamente, honestidad, sinceridad; asuntos que pueden ser importantes, sobre todo en lo personal, pero que, en plata blanca, poco definen la catadura literaria de nadie. Un poco antes, en “El filo de la navaja”, similar en su propósito, Mendoza dice:

Creo profundamente en la peligrosidad de la literatura. Si no hay algo filoso, el libro ingresa en lo acartonado (...). No se trata de contar buenas historias, no. Eso lo puede hacer cualquiera que redacte bien (...). Escribir es un acto de generosidad excesiva y de plenitud delirante (...). Y en ese aullido que es un relato o una novela se esconde un cuchillo, una navaja, un machete con el que el lector debe cortarse y sangrar. Y esa sangre nos purifica a todos, nos ayuda a celebrar, nos une en una comunión sagrada [pág. 72].

Navaja, cuchillo, machete, sangre, aullido... El escritor usa elementos poco menos que delirantes para re-

ferirse a la eficacia que, claro, debe comportar la literatura para que sea verdadera. Lo dice en una suerte de paroxismo que se hace inentendible en un autor con sus kilómetros y sus búsquedas. A juzgar por lo que afirma, no le basta con que una obra nos haga reflexionar por su contundencia, su ironía, su humor, sus metáforas, por las armas secretas de la imaginación que buscan, más bien, la sutileza y la inteligencia. Seguramente Mendoza piensa en la frase que usó Kafka para decir que un libro debe ser certero como un martillazo en la cabeza, pero allí la metáfora se entiende: es un golpe contundente, un impacto de algo fuerte que nos sacude. De allí, al sangriento arsenal de Mendoza, hay un trecho. La sangre nos purifica, dice, pero nadie piensa en sangre cuando lee, nadie lee para atormentarse; la escritura, dice, es “un acto de plenitud delirante”. Eso, creo, ni en las gloriosas épocas del romanticismo.

En la primera parte del libro (unas cien páginas, de un total de 277), hay historias que se tornan desconcertantes porque se adivina con mucha facilidad un cierto afán del autor por adoctrinar al lector, por insinuarle algún tipo de lección, casi siempre de altura moral o de condición indispensable para ser artista: compromiso, libertad, independencia. En “La alegría de la vida” [pág. 65], nos cuenta que un amigo médico lo invitó una noche a acompañarlo, de madrugada, en su turno de hospital, y termina contándonos, entonces, un parto con pelos y señales (más o menos nauseabundos); pero lo que el escritor quiere mostrarnos, realmente, es que la parturienta, al ver al fin el resultado de semejante faena, rechazó a la criatura por no ser un varón. Mendoza nos cuenta que él se retiró, afanado, a vomitar. Su vómito, claro, es la lección que nos da un ser moral que no puede soportar tal inhumanidad. Después nos cuenta cómo, en un documental de Werner Herzog sobre el Polo Sur, en el que en un momento determinado hay una estricta fila de pingüinos, uno de ellos, contra todo pronóstico, se sale y toma otro de rumbo, solitario, y no hay quien lo haga cambiar de parecer. “No conozco mejor definición de lo que es un artista. ¿Por qué alguien decide salirse de la línea y elige una ruta

RESEÑAS		NARRATIVA
<p>difícil, solitaria, con todo en contra, como la danza, el cine, la literatura?” [pág. 67], acota ceremonioso y didáctico el narrador. Como lo hace al final de “La mansión Collyer”, después de narrar acerca de dos hermanos que absurdamente terminaron viviendo en una mansión llena de desperdicios y basura, en un ambiente siniestro y aterrador. La descripción de Mendoza va muy bien hasta que, al final, remata, una vez más, con una de sus lecciones, una de aquellas que, sin querer (seguramente), tratan al lector de minusválido mental:</p> <p>Hemos inaugurado un nuevo universo regido por el desperdicio (...) por los desechos tóxicos, por los cementerios de automóviles (...). Un arte y una literatura verdaderamente contemporáneos no pueden eludir el descubrimiento de estos dos hermanos: el mundo no es más que un basurero. Hoy en día todos habitamos la mansión Collyer [pág. 89].</p> <p>Nos alecciona una vez más sobre arte y literatura. También describe un cuadro de Gauguin que se llama <i>La melancolía o Silencio</i> (lo describe de manera subjetiva, claro, porque no hay otra manera de describir o de interpretar un cuadro) y concluye: “Y, pasmados, entendemos: somos solo eso, fugacidad e impermanencia” [pág. 43]. No puede uno dejar de recordar cuántas veces famosas y “documentadas” interpretaciones de obras también famosas, después de un buen tiempo, han resultado un fiasco, una estafa, como la supuesta tristeza y grisura de los frescos de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, que resultaron ser pura luz y “alegría” cuando por fin restauraron, hace unos cuantos años, la obra; y la <i>Ronda nocturna</i> de Rembrandt, que, después de su restauración, quedó claro que no era ni ronda ni nocturna (tampoco ese es su título), pero ya se había botado mucha corriente en estudios y libros alrededor de esas supuestas características del cuadro.</p> <p>Y abundan los ejemplos. A Mendoza, insisto, le interesan mucho las conclusiones, que saquemos buen provecho de todo el arte. En “El llamado”, escribe media página, como por ociosidad, un mero enunciado: “Es como un aullido salvaje, como una</p>	<p>petición (...)” y sigue simulando una situación de peligro, una advertencia sobre algo terrible que tiene que ver con nosotros, ante la cual no podemos pasar inadvertidos: “Si no acudimos en el momento justo, después la cobardía no nos dejará vivir en paz. (...) Hay que acudir al campo de batalla y dejar en él lo mejor de nosotros mismos”. Y da la estocada, lo que seguramente para el escritor es un golpe de gracia y de genio: “Cuidado: no estoy hablando de la guerra, sino del arte y la literatura” [pág. 233].</p> <p>No todo el libro tiene ese talante, afortunadamente. Creo, además, que cuando el autor se desprende de aquella condición didáctica y nos narra una historia sin colofón, sola, para que el lector diga para sí lo que tenga que decir, o, simplemente, calle y siga leyendo, lo cual es una opción legítima, logra textos concisos, bien recreados, con la intensidad suficiente para seguir allí y querer más historias. En algunas, se permite una sonrisa, como en una historia que le ocurre en Tánger, donde encuentra a un desconocido que, sin embargo, dice ser su primo y encontrarse muy arrepentido por lo que le hizo a su familia, por lo cual espera algún día su perdón. (Cosas así le pasan a Mendoza, y varios de esos episodios extraños nos los cuenta aquí). Al final de esta página, de regreso en su tierra, el autor dice con un humor que el lector agradece: “Ahora me encantaría viajar a Tánger, regresar a ese mismo bar y dejarle una nota de perdón. Al fin y al cabo, es sangre de mi sangre” [pág. 266].</p> <p>Tal vez Mario Mendoza sea un buen escritor (solo he leído una de sus novelas y otro de sus libros de notas y semblanzas), tal vez su reconocimiento y sus premios no sean para nada gratuitos, tal vez no tengan razón quienes han criticado tan acerbamente su literatura, y tal vez, también, estén justificados sus reclamos ante tanta animadversión (en estas páginas está la de su padre, una historia un tanto dolorosa), pero de lo que no me cabe duda, después de <i>La importancia de morir a tiempo</i>, es que Mendoza arrastra una especie de obsesión no solo con el llamado compromiso del arte y la literatura de despertar conciencias, sino también con la idea de que el arte y la literatura no pueden llegar a ser un</p>	<p>divertimento, la gracia del ingenio, la poesía que en sí misma es una salvación contra el tedio y la estupidez. Si Mendoza tuviera razón, no existirían tantos textos maravillosos de Cortázar, o de Calvino, o de Monterroso, o de Cervantes, o de Tejada.</p> <p style="text-align: right;">Luis Germán Sierra J.</p>